



SANTOS

Etimológicamente significa “habitante de la selva, señora de los bosques”. Viene de la lengua latina.

Cuando el creyente es bien educado en la familia, normalmente continúa bien a lo largo de su vida. En el seno familiar se aprende y se empieza a vivir el tesoro del amor.

I.- He aquí una señora en todo el mejor sentido de la palabra. Hay sobre ella una leyenda, que se remonta a los orígenes de Roma y que le atribuye que fue la madre de los gemelos Rómulo y Remo. Fue la amada de Marte, el dios de la guerra

Pero la realidad es que murió en el año 420. Los martirologios orientales la recuerdan como la hermana de Rufino, gobernador de la ciudad.

Tanta era su virtud que todo el mundo en Constantinopla la conocía por su santidad y su forma de ayudar a que los demás vivieran la edificación perfecta de sus personas en el misterio de Dios.

Dicen que era la chica más inteligente del siglo y la más valiente en defender la ortodoxia contra las nacientes herejías.

II.- La otra Silvia fue la madre de san Gregorio Magno, doctor de la Iglesia y Papa en el siglo VI.

Era una madre cristiana y una romana auténtica. Su fama de noble no le restó para nada su fe profunda. Observaba una gran modestia, a pesar de las diversiones de la clase noble.

Logró contagiar a toda su familia con el amor a Cristo resucitado. Fue una madre benéfica con los pobres. Supo conciliar muy bien su condición de rica en lo material con sus exigencias espirituales. Su marido, el Senador Gordiano, regía sabia y austeramente desde el gran Palacio bajo Celio, y que finalmente se convirtió también al cristianismo.

La santidad de Silvia se ve reflejada en su hijo que fue diácono, sacerdote, monje, nuncio pontificio y Papa. Gregorio creció en medio de una familia verdaderamente ejemplar, de la que formaban también parte Tersilla y Amelia, tías suyas y cuñadas de su madre, que se consagraron juntas a Dios y brillaron hasta su muerte por la piedad y santidad de vida. De ello hablaría en una de sus homilías...

Conocemos un pintoresco y doméstico episodio, por Juan el diácono, según el cual, siendo ya viuda, cuidaba de su hijo alimentándolo con legumbres frescas. Sin duda, su santidad brilla a través de la santidad de su hijo. Su ejemplo y enseñanza no se pueden ignorar. Ella, además, asistiría a Tersilla en su muerte.

Más tarde, cuando ya, Gregorio, no necesitaba de su cuidado ni de su guía, Silvia se retiró a la vida claustral, junto a la basílica de san Pablo, fuera de los muros de Roma, en donde murió, ya de edad avanzada, en el año 590.

ORACIÓN: “Derrama, Señor, sobre nosotros el espíritu de tu sabiduría y amor con que llenaste a tu hija Santa Silvia: par que, a imitación suya, te obedezcamos siempre con sencillez y te agrademos con nuestra fe y nuestras buenas obras”. Por NSJ.